

M.^a JESUS RUBIERA MATA

LITERATURA HISPANOÁRABE

PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DE ALICANTE

ÍNDICE

I. AL-ANDALUS Y SU EVOLUCIÓN CULTURAL	11
CONQUISTA E INSTALACIÓN DE LOS ÁRABES EN LA PENÍNSULA IBÉRICA	11
EL EMIRATO OMEYA (SIGLOS VIII-IX)	15
EL CALIFATO OMEYA (SIGLO X)	17
LAS TAIFAS (SIGLO XI)	19
ALMORÁVIDES Y ALMOHADES (SIGLO XII)	22
LA CRISIS DE AL-ANDALUS (SIGLO XIII)	25
EL REINO DE GRANADA (SIGLOS XIV-XV)	26
II. LA LITERATURA ÁRABE MEDIEVAL	31
VOZ Y ESCRITURA	31
LITERATURA Y ESCRITURA	33
LITERATURA Y LENGUA	34
LA HISTORIOGRAFÍA LITERARIA	37
LOS <i>DĪWĀN</i>	40
EL AMBIENTE LITERARIO	41
III. LA POESÍA ÁRABE CLÁSICA EN AL-ANDALUS: ÉPOCA OMEYA. 45	
LA POESÍA PRE-ISLÁMICA O AL ESTILO DE LOS ANTIGUOS	45
LA POESÍA DEL <i>ḤIYĀZ</i> : LA MÚSICA	49
BAGDAD: EL AMOR CORTÉS	53

EL MODERNISMO	59
EL NEO-CLASICISMO	64
IV. LA POESÍA ÁRABE CLÁSICA: EL ESPLENDOR (SIGLO XI)	71
CÓRDOBA	71
SEVILLA	79
LEVANTE	89
BADAJOZ.	97
V. LA POESÍA ÁRABE CLÁSICA EN AL-ANDALUS III: EL DORADO CREPÚSCULO (SIGLOS XII-XIII)	101
LA VOZ FEMENINA	101
LA POESÍA MÍSTICA	104
UNA POESÍA PRECIOSISTA	108
LAS ELEGÍAS	111
VI. LA POESÍA ÁRABE CLÁSICA: LA DECADENCIA. EL REINO DE GRANADA (1232-1492).	119
LOS POETAS-FUNCIONARIOS	119
LA POESÍA EPIGRÁFICA.	125
LA POESÍA FUERA DE PALACIO	129
LOS TRENOS	131
LA GUERRA DE GRANADA.	134
VII. LA POESÍA ESTRÓFICA	137
CARÁCTER DE LA MOAXAJA	137
LA LENGUA ROMÁNICA DE LAS JARCHAS	141
LAS JARCHAS HISPÁNICAS.	147
EL DESARROLLO DE LA MOAXAJA	149
IBN QUZMĀN Y EL ZÉJEL.	153
VIII. EL ÁDAB	157
LOS LIBROS DE <i>ÁDAB</i>	157
LA PAREMIOLOGÍA	159
LA CUENTÍSTICA	161
IBN ʿABD RABBIH Y <i>EL COLLAR ÚNICO</i>	162

OTRAS OBRAS DE <i>ĀDAB</i> EN AL-ANDALUS	166
EL <i>ĀDAB</i> DE TIPO RELIGIOSO	168
GRANADA: EL <i>ĀDAB</i> DE LA GUERRA SANTA.	170
IX. LAS EPÍSTOLAS. LA PROSA ORNADA. LAS MAQAMAS	173
LA PROSA ORNADA Y SUS GÉNEROS	173
LA <i>MUFĀJARA</i> O DEBATE	175
LA CRÍTICA LITERARIA E IBN ŠUHAYD	179
IBN ĤAZM Y <i>EL COLLAR DE LA PALOMA</i>	182
IBN ṬUFAYL Y EL FILÓSOFO AUTODIDACTA.	185
IBN AL- ^c ARABĪ	187
EPÍSTOLAS Y TEMAS VARIADOS	189
X. LA NARRATIVA HISTORICISTA	195
LOS <i>JĀBAR</i>	195
LAS NARRACIONES ÉPICAS EN AL-ANDALUS	197
LAS <i>URŪZAS</i>	199
<i>JĀBAR</i> DE OTROS TIPOS	202
LA LITERATURA DE VIAJES Y LAS <i>AŶĀ'IB</i>	205
LOS GÉNEROS HISTORIOGRÁFICOS	209
XI. LA HUELLA LITERARIA DE AL-ANDALUS.	215
LA LÍRICA	215
LOS JUGLARES MOROS	219
LAS TRADUCCIONES	222
LA TRANSMISIÓN ORAL.	227
AL-ANDALUS COMO TEMA LITERARIO.	229
APÉNDICES	
CRONOLOGÍA	235
BIBLIOGRAFÍA COMENTADA	251
ÍNDICE ONOMÁSTICO	255
<i>Índice de nombres de personas</i>	255
<i>Índice de nombres técnicos</i>	264
<i>Índice de títulos de obras</i>	265
ÍNDICE TOPONÍMICO	267

I. AL-ANDALUS Y SU EVOLUCIÓN CULTURAL

CONQUISTA E INSTALACIÓN DE LOS ÁRABES EN LA PENÍNSULA IBÉRICA

A principios del siglo VIII, la Península Ibérica recibió su última invasión histórica de un pueblo ultramarino mediterráneo: los árabes, pueblo semita procedente del Oriente Medio, conquistaron la Hispania visigoda.

Durante siglos habían permanecido dentro de los límites de la península asiática a la que dieron nombre, como nómadas de sus desiertos, pastores de camellos y caravaneros que unían el océano Índico con el Mediterráneo, a través del Creciente Fértil, hasta que un árabe genial e iluminado, Mahoma, a mediados del siglo VII había predicado una nueva religión, el último monoteísmo semítico que el Oriente Medio exportará al mundo. Con este impulso religioso los árabes, ahora musulmanes, es decir, sometidos a Alá, el Dios único, habían conquistado la gran Siria, haciendo tambalearse al Imperio Bizantino, y aún más, habían derribado al persa, avanzando hacia el Indo por las tierras asiáticas por el camino de Alejandro. Por occidente habían conquistado el milenarismo Egipto, sin que el desierto libio fuese barrera para ellos, hijos de desiertos tan duros como el africano, avanzando por el norte de África, hasta mojar los cascos de sus caballos en el océano Atlántico.

Desde la península que África proyecta sobre el Mediterráneo, Ifrīqiya, llamada hoy el Magreb, el camino hacia la Península Ibérica es fácil: el Mediterráneo se allana entre Túnez y las costas del sudeste hispánico y forma un canal navegable que Braudel llamó «el canal de la Mancha Mediterráneo»; la separación

entre el Calpe hispánico, que se llamará a partir de la conquista Gibraltar, Monte de Tāriq, el conquistador legendario de la península, y las montañas marroquíes es corta, y aunque su navegación no es sencilla, con buen tiempo un barco de pequeño cabotaje puede cruzarlo. Los árabes sabían ya mucho del mar gracias al trato con las gentes de los antiguos puertos bizantinos y el gobernador de Ifrīqiya envió a sus hombres de incursión por las islas del norte, a Sicilia y a Hispania. La sorpresa de los propios musulmanes fue que la incursión en la península más occidental de Europa se transformó en una conquista, porque estaba gobernada por una monarquía alógena y caduca, la visigoda, y encontraron el apoyo de los rivales del rey Rodrigo.

El cambio de poder fue fácil porque los musulmanes no imponían por la fuerza su religión y sólo exigían un pacto de sometimiento. Los cristianos y los judíos podían seguir con su religión, pues el Islam no los consideraba infieles, ya que habían recibido la revelación, el Libro Sagrado, aunque lo interpretaban incorrectamente, frente a los musulmanes. Poco importaba que fuesen semitas ahora los amos en lugar de germanos, y mucho más los judíos, que habían sufrido la persecución implacable de los godos. Sólo se opusieron los partidarios de Rodrigo, que huyeron a las montañas del norte y sólo la voz de algún clérigo aislado —el autor, por ejemplo, de la *Crónica mozarábica*— se lamentó de la llegada de estas gentes de otra religión. Pero la mayor parte de la población, clérigos incluidos, no era muy ducha en teologías. Hace falta esperar a la segunda mitad del siglo IX para que los propios cristianos de Córdoba descubran las diferencias fundamentales entre Cristianismo e Islamismo. El clérigo mozárabe Eulogio de Córdoba ha de ir a Pamplona para enterarse a través de los cristianos del norte de qué es el Islam y quién es su fundador, Mahoma, descubrimiento que le llena de fervor cristiano y motivará la rebelión de un grupo de cristianos cordobeses. Este fenómeno no es tan sorprendente: desde hacía siglos, desde la Roma Imperial, las religiones orientales habían penetrado en la cultura occidental, primero como «misterios», luego con el Cristianismo, en cierto modo, el último misterio oriental asimilado por Roma y, a pesar de la centralización romana, durante los primeros siglos del Cristianismo, seguía siendo el Mediterráneo oriental el maestro espiritual de Occidente. Los mismos visigodos habían sido arrianos, habían seguido la doctrina del heresiarca de la Cirenaica, Arrio.

Y lo mismo sucedía con las formas culturales: la Hispania visigoda es en muchos sentidos bizantina: recordemos el iconostasio, tan oriental, de los altares de las iglesias visigodas o los bajorrelieves de tipo sasánida que se encuentran en la villa romana de Villajoyosa (Alicante) por poner dos ejemplos significativos.

A su vez, la cultura árabe no sólo era semita y beduina. Era también helenística no sólo en su pensamiento sino también en sus formas. La mezquita de Damasco, la capital del imperio musulmán en el momento de la conquista de la Península Ibérica, está construida sobre una basílica cuyo frontispicio con inscripciones en griego aún se puede ver en uno de sus muros exteriores, mientras los mosaicos de tipo bizantino ilustran sus paredes interiores hablando del árbol de la vida.

Los cambios en la Península Ibérica en el siglo VIII parecen ser simplemente nominales. Los invasores llamaban a Hispania, a la Península Ibérica, al-Andalus, nombre enigmático tal vez relacionado con el nombre del océano Atlántico, como es la hipótesis de Joaquín Vallvé, y quién sabe si este pueblo oriental, tan helenizado, no pensó que había llegado a la mítica Atlántida. Hemos de recordar que al-Andalus fue el nombre de toda la Península Ibérica y no sólo de las tierras situadas al sur de Sierra Morena, donde sólo se ha conservado su nombre. De ahí que andalusí no sea sinónimo de andaluz, concepto equívoco y anacrónico: andalusíes fueron los habitantes musulmanes de la actual Andalucía, pero también los de Aragón y Cataluña, los de Valencia y Extremadura, los nacidos en las tierras que hoy son Portugal —con lo que hablar de la España musulmana no es sólo equívoco, sino injusto— y, desde luego, los nacidos en las dos Castillas.

Tal vez el cambio aparente más notable en el siglo de la conquista sería la lengua y la escritura que traían los nuevos dueños de la Península Ibérica. Los documentos se escribían en una lengua y escritura desconocidas en Occidente: el califa °Abd al-Malik, a principios del siglo, había ordenado que el árabe fuese la lengua de la cancillería, lengua que canturreaba el almuédano cuando llamaba a oración los viernes —día del Señor en lugar del domingo cristiano y del sábado judío— a los pocos fieles de su religión, esos militares que no bebían vino, ni comían cerdo, y entonaban en la soledad de su guarnición sonoros poemas que hablaban del desierto. Uno de los problemas que no se han planteado, es la comunicación lingüística entre los árabes y los habitantes de la Península en estos primeros tiempos. Tal vez se produjera a través de los romanizados norteafricanos, ya arabizados, pero conocedores del latín vulgar común a Occidente, a través de esos misteriosos clientes orientales de los árabes, tal vez bizantinos, tal vez comerciantes sirios. Nos falta saber quiénes eran los truchumanes del siglo VIII.

Por otro lado, los árabes pensaban estar de paso en la península del Atlántico, vivían con un espíritu de guarnición —de base militar— en tierra extraña, realizando incursiones cada vez más al norte, en busca de botín, hasta que Carlos